

NUEVOS RELATOS DE VIEJOS ANTAGONISMOS. LA PRENSA CONTRA EL PERONISMO DURANTE LA DICTADURA (1976- 1982)(*)

NEW STORIES ABOUT OLD ANTAGONISMS THE PRESS AGAINST PERONISMO DURING THE DICTATORSHIP (1976- 1982)

César Luis Díaz

Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
tatodiaz60@yahoo.com.ar

María Marta Passaro

Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
martapassaro@hotmail.com

Mario Jorge Giménez

Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
mariojgimenez@yahoo.com.ar

Resumen

Los discursos de los medios construyen, instalan y ponen en circulación ideas, valores, interpretaciones posibles de la realidad que conforman el imaginario social; por lo cual entendemos que resulta imperativo abordarlos como objetos de estudio en si y no acotar su consulta como mera fuentes históricas. Esta tarea demanda un abordaje interdisciplinario que permita abreviar en herramientas teóricas variadas para optimizar el análisis.

En este caso, nuestro trabajo centra su interés en el estudio del discurso editorial del centenario matutino La Prensa, medio vinculado históricamente con los intereses de la burguesía agroexportadora y adalid de los valores republicanos entendidos en su versión decimonónica; compromisos que explican su posicionamiento institucional y empresarial opositor a todos los gobiernos justicialistas. La intención de este artículo es abordar su discurso editorial sobre el peronismo durante la última dictadura militar en Argentina para esclarecer de qué modo asumió la función social que le compete a los medios en tan particular coyuntura.

Palabras clave: Dictadura; Peronismo; Diario La Prensa; Discurso

Abstract

Media's speeches build up, install, and put into circulation ideas, values, possible interpretations of reality that creates the social imaginary; that is the reason why we understand it is necessary to take them as objects to be studied on themselves and not only as historical sources. This task demands an interdisciplinary work that would allow us to use different theoretical tools that would optimize the analysis.

In this case, our work is focused on the study of the speech of the centenary newspaper named "La Prensa"/The Press, historically related to the interests of the agricultural exporter class and defender of the republican values agreed in their nineteenth century's version, these compromises explain its institutional and business position opposed to all governments belonged to the Justicialist party. The intention of this article is to go through its editorial speech about peronismo during the last military dictatorship in Argentina, in order to elucidate in which way this media assumed its social role that is responsibility of the media in such particular situations.

Key words: Dictatorship; peronismo; newspaper The Press; speech



La línea de investigación que desarrollamos desde hace varios años propone repensar el posicionamiento editorial de los periódicos durante la última dictadura militar a la luz de nuevas perspectivas analíticas. Partimos de la convicción de que los discursos de los medios producen, instalan y ponen en circulación ideas y valores que confluyen en el imaginario social de una época. Los medios en su carácter de *actores políticos*(1) intentan ejercer influencia en la opinión pública, instalando temas en la agenda de discusión, función para la cual el espacio editorial tiene una importancia decisiva por las características de sus lectores, quienes conforman el *público activo*.(2) En ese sentido, analizaremos el enunciado institucional de *La Prensa* sobre el peronismo durante la última dictadura militar a partir de un andamiaje teórico que abreva en herramientas provenientes del campo histórico, el comunicacional y el lingüístico. Abordaremos la columna de opinión por antonomasia, contemplando su *enunciado* dentro del contexto de *enunciación*.(3) con el fin de conocer cómo construyó en su discurso la representación del otro negativo, es decir, el justicialismo y, particularmente, J. Perón. Para ello clasificaremos los estilos adoptados por los editorialistas(4) e identificaremos las problemáticas jerarquizadas en la columna y a los alocutarios.(5) Específicamente, en referencia a la construcción del enunciado, consideraremos las estrategias de titulación,(6) el empleo de subjetivemas, los distintos tipos de discursos a los que apelaba para vincular al peronismo con la violencia política.(7)

La Prensa vs. el peronismo

Antes de finalizar el siglo XIX, a casi treinta años de haber circulado su primer número en las calles porteñas (18/10/1869), *La Prensa* ya se había consagrado como una de las primeras empresas periodísticas nacionales que promovió, en su carácter de actor político, la defensa del sistema republicano establecido en la Constitución Nacional. El diario se sentía protagonista del proceso de institucionalización de la Argentina cuyo éxito se habría logrado por la conjunción de los principios del liberalismo y del republicanismo adoptados como programa desde la presidencia de B. Mitre. En otras palabras, se consideraba parte de ese *patriciado fundacional* y, por ende, con el paso del tiempo llegaría a concebir su propia historia como la de la República misma. Esto permite entender por qué se hallaba tan consustanciada con ese modelo político y rechazaba con ahínco a quienes construyeron otras identidades políticas que pusieron en tela de juicio el monopolio del poder ejercido históricamente por una minoría privilegiada.

De este modo, se posicionó contrario al primer partido orgánico promotor de una serie de insurrecciones cívico-militares (1890-1893-1905) que, sumadas a su prédica a favor del respeto por la soberanía popular, dieron lugar a las primeras transformaciones en el horizonte institucional del país al iniciarse el siglo XX. En efecto, el radicalismo encabezado por H. Yrigoyen se convirtió en el primer gran *enemigo* de *La Prensa*. Por

ello, a poco de iniciado el segundo período de gobierno para el cual había sido elegido el líder radical por abrumadora mayoría electoral justificaría, junto a otros colegas(8) el primer golpe de Estado de nuestra historia.(9) Para el matutino la legitimidad de los gobiernos estaba dada por su respeto al programa liberal decimonónico independientemente de su consagración a través de las urnas, por lo tanto los gobiernos de masas seguirían siendo rechazados por el diario a punto tal de justificar su desplazamiento de facto pues así se garantizaba la restauración de la *legítima* república democrática.

Por tanto, si Yrigoyen había sido un trago amargo para el diario, el advenimiento de J. Perón en 1943 le resultaría inaceptable y tempranamente manifestaría su oposición igual que la mayoría de los órganos gráficos. A diferencia de muchos de sus colegas, ese discurso opositor fue profundizado durante la primera presidencia justicialista, lo que le acarrió la animadversión de los peronistas quienes robustecieron su identidad confrontando con aquéllos que rechazaban las conquistas sociales de los trabajadores y su acceso al poder político. A través de una agresiva campaña los enunciados del matutino construyeron una representación que identificaba al peronismo como la *otredad* que permitía definir al nuevo movimiento en el imaginario popular, reforzando la imagen del *nosotros peronista*(10) contrario a un *ellos oligárquico*, del que *La Prensa* era el más fiel exponente. Hacia 1951 la empresa sufriría un duro golpe cuando fuera confiscada y entregada a la Confederación General del Trabajo, a cargo de la dirección hasta 1955.(11) Después de derrocado Perón fue devuelta a sus antiguos propietarios reapareciendo el simbólico 3 de febrero(12) de 1956. Alberto Gainza Paz, desde su *exilio* norteamericano, desarrollaría una batalla mediática centrada en una arenga constante contra el peronismo facilitada por su vinculación con distintos medios de comunicación, prédica que retomaría y acrecentaría al asumir nuevamente la dirección del matutino.

La Prensa, por su estilo, trayectoria y prestigio internacional, había logrado lo que pocos medios gráficos alcanzaron, un fuerte sentido de pertenencia de los redactores con los postulados ideológicos antiperonistas de la empresa, coincidencia que queda demostrada en el compromiso que asumieron con el matutino en momentos de gran zozobra. Por caso, Mario García llegó a ufanarse de haber sido declarado "*persona no grata*" durante la gestión justicialista. El periodista resumiría en una frase contundente la línea editorial del periódico: "*la lucha de La Prensa fue contra Perón. Sáquelo a Perón y no pasó nada*".(13) Por cierto, el peronismo, como movimiento político popular, representaba todos los valores, las propuestas y la metodología que el diario defenestraba. Si bien es cierto que aceptaba que Perón había sido electo por el sufragio popular aseveraba que era ilegítimo por su forma de ejercer el poder. Evaluaba que su ideología y los mecanismos de manejo del Estado eran inconciliables con los principios de la

democracia liberal sindicándolo de autocrático. El protagonismo que se le dio al Estado nacional administrado por un gobierno popular, que consolidó su rol empresarial y redistribuidor de la riqueza nacional, era subsumido por *La Prensa* a las simples y peyorativas definiciones de *estatista* o *populista*. La legalización de un órgano gremial por rama de la producción fue atacada con severidad por el matutino; el modelo del sindicato único, a su entender, servía para manipular la conciencia de los trabajadores. Su línea de razonamiento concluía que el populismo era una de las formas previas para llegar al colectivismo, es decir, al comunismo. Esta relación lineal se vería exaltada en la década del setenta no sólo por el surgimiento de organizaciones armadas, algunas de las cuales a la postre creerían que el peronismo representaba el camino para concretar la liberación nacional y la revolución social, sino también por el acercamiento a los países agrupados en el bloque del tercer mundo.

“El justicialismo ya había delinquido antes; era corruptor de antigua data, tergiversador de origen, autócrata por naturaleza, abusivo por temperamento, mendaz por cálculo y estrategia, depredador por instinto irrefrenable, totalitario por convicción profunda. En su tercer gobierno no exhibió rasgo o carácter alguno que no estuviese ya perfectamente definido en los dos primeros períodos. Fue él más fiel a orígenes y naturaleza inicial, que muchos de sus antiguas convicciones y pasados comportamientos. (...) fuerza política tumultuaria, inorgánica desprovista de valores intelectuales reconocidos, que estancó al país, depredó su riqueza, envileció su moneda, degradó su nombre ante el exterior, comprometió el nivel de vida de sus habitantes, desquició las bases de la convivencia nacional, persiguió a los disidentes, aherrojó a la prensa, rebajó el nivel de la conciencia cívica y política del país, pervirtió las instituciones republicanas y corrompió al movimiento obrero” (12/12/76)

Juicios de este tenor fueron jerarquizados con asiduidad en los enunciados editoriales del matutino que, con una tenacidad particular durante la dictadura, bregó por la *desperonización* del país.

La Prensa y el Proceso de Reorganización Nacional

El amplio consenso de los sectores civiles, partidarios y el universo periodístico frente al golpe de Estado concretado el 24 de marzo de 1976, contó entre sus impulsores más fervientes al matutino de Gainza Paz quien llegó a afirmar que *“las instituciones cayeron en 1973 no con el golpe”* (16/9/79).(14) Por ende, el apoyo explícito se evidenció a través de una editorialización sistemática acerca de su coincidencia con los objetivos de la dictadura y contra el peronismo,(15) ejes argumentales presentes en todo el período analizado, a pesar de la ruptura que produciría en su discurso cuando considerara que las autoridades se habían apartado de los postulados fundantes del gobierno de facto.

Por cierto, durante toda la etapa estudiada, registramos dos estrategias permanentes aplicadas por los editorialistas.(16) La primera consistía en la descripción del estado de cosas imperante durante el tercer gobierno justicialista a través de subjetivemas apocalípticos (*“al borde de la disolución”, “desintegración”, “caos”, “salto al vacío”,*

“catástrofe”, “disgregación”) justificatorios del derrocamiento. Al mismo tiempo, y para reforzar esa imagen, evitaba deliberadamente el uso del término golpe de estado reemplazándolo con múltiples eufemismos:

“el régimen eliminado” (24/12/79), “el cambio institucional” (21/8/81), “a más de seis años de eliminado el gobierno justicialista de 1973-1976”(20/1/82), “la aurora del 24 de marzo”(18/8/76), “el gobierno abolido el 24 de marzo” (21/5/76) , “el régimen depuesto (21/10/81), “se clausuró el período anárquico iniciado el 25 de mayo de 1973”(6/12/78), “el desgobierno depuesto en marzo último”, “el pronunciamiento del 24 de marzo”(1/3/80), “la revolución del 24 de marzo de 1976” (9/9/79), “supremo recurso al que no hubo más remedio que apelar” (3/4/77).

No resulta llamativo este recurso del enunciado editorial ya que la lectura del corpus (más de un centenar de notas) permite distinguir que, dentro de esta misma línea de razonamiento, el matutino calificaba al golpe militar de 1955 como una “*jornada cívico militar*”. Observamos que, en este caso, no evaluaba el derrocamiento del gobierno de Isabel Perón de igual manera pues era referido como un pronunciamiento militar, ya que a su entender el vínculo de cooperación debía construirse desde el poder castrense invitando a la opinión responsable del país, pues en la práctica no existía. Cuando *La Prensa* comprendiera que la anunciada convergencia cívico-militar(17) fuera eludida, entre otros compromisos asumidos públicamente por la dictadura, pondría fin a una primera etapa en la que incluyó una serie de notas editoriales apologéticas de la acción gubernamental.

En efecto, el enunciado institucional sobre la dictadura no se mantuvo inalterable durante todo el período sino que presentó desplazamientos que permiten distinguir tres momentos discursivos: el primero, apologético (1976-1977), el segundo crítico-admonitorio (1978-1980), ante su desilusión por el incumplimiento de las metas fundantes del proceso por parte de los militares,(18) y un tercero decididamente opositor a partir de 1981.(19) Esta periodización no debe necesariamente aplicarse a todos los temas abordados en su columna institucional pues su análisis propone un espectro más complejo al analizar otros actores y problemáticas jerarquizadas en esos años. Por caso, el tratamiento de la política educativa mantuvo un estilo admonitorio durante 1976 mientras que desde entonces fue muy crítico; en el conflicto suscitado con Chile por el canal de Beagle acordó sustancialmente con las decisiones adoptadas por el gobierno, aceptando inclusive la posibilidad de que se resolviera por medio de un enfrentamiento armado, aunque sin dejar de reclamar la necesidad de una mayor información oficial sobre las negociaciones;(20) en cuanto a la realización del campeonato mundial de fútbol de 1978, que tuvo como sede a nuestro país, adoptó una actitud cuestionadora trasuntada en el *silencio editorial* al que apeló durante junio del 78.

El argumento militar sobre la existencia de una campaña antiargentina, usado como excusa oficial ante los reclamos internacionales por las violaciones a los derechos humanos, fue amplificado en sus columnas hasta la consumación de la ruptura discursiva

a partir de la cual comenzó a exigir explicaciones por las consecuencias de la guerra sucia. Por el contrario, desde 1977 cuestionó las políticas censorias implementadas por la dictadura hacia los medios.(21) Por último, consignaremos que no resulta llamativo que objetara sistemáticamente el accionar del sindicalismo y las organizaciones armadas, *males* que, a su entender, eran producto del peronismo.

La Prensa ante la crisis nacional: entre el “fascismo criollo” y la barbarie moderna

Durante los dos primeros años de gestión dictatorial, *La Prensa* jerarquizó en forma superlativa en su superficie editorial, aquellos rasgos del peronismo que le permitían ubicarlo en las antípodas del modelo republicano.(22) Esto no significa que luego dejara de reforzar en su columna la construcción del *otro peronista*, por el contrario, pero esta elaboración discursiva se vio complementada con otra preocupación del medio referida a la actitud del gobierno militar frente a esa expresión política, como veremos más adelante.

A lo largo de su prolífica trayectoria, el paradigma institucional del diario a partir del cual ejerció su función de cuarto poder fue tomado como parámetro para evaluar a todos los gobiernos. Por cierto, el sistemático pregonar de los principios que proclamaba le valió ganarse un singular contrincante a las gestiones encabezadas por el justicialismo. En efecto, el diario de los Gainza Paz presentaría con denuedo la confrontación existente entre el ideario que impulsaba al movimiento peronista con el programa que habían consagrado los constituyentes reunidos en Santa Fe en 1853 y que, según lo manifestaba en su discurso, se habría mantenido inalterable hasta 1945. En consecuencia, su preocupación por desacreditar a la propuesta justicialista construyéndola como su destinatario negativo se sustentó en la crítica sobre distintos aspectos.

En primer lugar, atacó a la génesis del movimiento político descartando que fuera una genuina manifestación local. En tal sentido, denunciaba que era una mera reproducción del modelo totalitario instaurado por Benito Mussolini en la Italia de la década de 1920 y que se prolongó hasta su debacle en la Segunda Guerra Mundial. La crítica no evitaba subrayar la particularidad del caso argentino, advirtiendo a sus lectores que el país se había convertido en el fértil campo experimental que habría permitido implantar la única experiencia exitosa en América. En consecuencia, ese sistema era calificado con un subjetivema explícito que refería al híbrido resultante: “*fascismo a la criolla*”. La línea de razonamiento del enunciado editorial continuaba sus disquisiciones negativas considerando que la consolidación de ese modelo, demandaba la supresión de la multiplicidad de partidos orgánicamente constituidos y la entronización del “*sindicato único*” consagrado con el aporte compulsivo de los obreros bajo la tutela del Estado: “*el ‘gobierno de los trabajadores’ se instaló en las*

alturas del poder, pero sus sindicatos pasaron a ser meros ejecutores de la voluntad omnímoda" (30/4/81, el subrayado es nuestro). Este cuestionamiento constituyó sin duda uno de sus argumentos principales y sistemáticos al resultarle inconcebible el sitio privilegiado que el peronismo le habría otorgado en la vida institucional del país a los organismos representativos de los trabajadores: *"el instrumento máximo, el elemento pérfido de esta conformación del movimiento obrero como agente ciego y sordo al servicio de la maquinaria estatal, fue el sindicato único"* (20/9/79). Tal como se verifica en los ejemplos citados ese desacuerdo se expresaba en su enunciado a través de lexicalizaciones negativas que alternaban calificaciones del discurso jurídico, (23) *"anticonstitucional", "delictivo"*, con otras de carácter axiológico, *"intereses banderizos", "holganza", "abusos", "premisas compulsivas de organización", "relajamiento con el poder sindical"*. En efecto, el diario vinculaba en forma forzosa al peronismo con el sindicalismo en virtud, estableciendo una relación simbiótica entre ambos pues a su entender, Juan D. Perón utilizó a los representantes de los trabajadores y a las entidades gremiales como encorsetadores de la voluntad de millones de argentinos.

Otra línea argumental, complementaria a la expuesta en la construcción discursiva del *otro negativo* que reconocía en el peronismo, se centraba en la idea de regresión. *La Prensa* evaluaba que la etapa iniciada en 1945 constituyó un verdadero punto de inflexión y retroceso para la vida institucional del país. Por cierto, su reprobación a las transformaciones en la cultura política instauradas por el peronismo la llevarían, como ante el gobierno de H. Yrigoyen, a renegar de la genuina manifestación de la soberanía popular expresada en las urnas. En tal sentido, denunciaba que la consagración electoral del *"régimen"* a través de millones de sufragios no alcanzaba para legitimarlo, ya que sus prácticas eran anticonstitucionales y se hallaban en las antípodas de los presupuestos republicanos. Subrayaba en su mensaje editorial los mecanismos de *"adoctrinamiento"*, que llevaban implícita la reivindicación del *"sectarismo"*, alentando a la *"persecución"* de opositores a quienes tendía a excluir del horizonte institucional del país. En ese sentido reafirmaba la existencia de dos Argentinas que ya estaban instaladas en el imaginario social, una que respondía a la identidad del *nosotros peronista* y otra integrada por los excluidos de ese grupo de identificación, encabezado por *La Prensa*. Esa idea representada en el uso de pares opuestos, como veremos, será retomada durante el todo período. Así el matutino sentenciaba que el país sufrió una forzada regresión en el espacio público explicada como el retorno a un estadio inferior en su evolución. Lo que calificaba como proceso de barbarización(24) de las relaciones políticas en el escenario institucional estuvo presente en sus editoriales por medio de un amplio espectro de subjetivemas:

"se han exhumado los dictadores y los caudillos bárbaros del siglo pasado, falsificando la historia para ponerla al servicio de otro líder carismático que consiguió hacer retrogradar a la Argentina hasta los lindes de la incivilización y de la incultura"

(2/7/76).

El empleo de los dos últimos calificativos resulta sugestivo por conllevar una carga simbólica inequívocamente peyorativa en cuanto a la responsabilidad que adjudicaba al justicialismo por haber impulsado el accionar de las masas: *“sino se les hubieran abierto las puertas al malón y éste no hubiera contado con tantas complicidades, algunas de ellas verdaderamente inesperadas, no habría podido hacer su nefasta obra”* (2/7/76 el subrayado es nuestro). Como puede observarse al vincular al comportamiento evidenciado por los adherentes a la nueva causa popular como propio de los grupos indígenas, exterminados por la *acción civilizadora* de los republicanos decimonónicos, concluía que el partido liderado por Perón y sus seguidores habían arrasado con la civilización y pretendían hacerlo con quienes comulgaban con ese modo de vida.

Los pares opuestos de raigambre sarmientina civilización o barbarie no fueron empleados por el discurso editorial tan sólo para alertar sobre las prácticas políticas, sino que iban más allá. Por cierto, para el discurso de *La Prensa* el movimiento popular había significado una regresión, un retroceso, una marcha atrás en la evolución de las costumbres ciudadanas evidenciada desde la segunda mitad del siglo XIX, por lo que en ocasiones no dejaba de preguntarse cómo había sido posible que los argentinos hayamos llegado a ese estado de cosas. La respuesta ofrecida acerca de las razones por las que había arraigado el ideario justicialista se concentraba en el proceso que el medio calificaba de *“adoctrinamiento sectario”* y que no se limitaba a los ciudadanos adultos, pues en ellos sólo hubiera tenido un efecto circunstancial. A los predicadores de la nueva doctrina política los descalificaba mediante la metáfora que parafraseaba a la obra literaria *“los apocalípticos jinetes de la contracultura lo han invadido todo”* (20/8/76). Resulta evidente, que el remate de la frase destacaba la imagen del avasallamiento cometido por el nuevo sujeto social des/calificado por sus opositores contemporáneos como cabecitas negras, aluvión zoológico y descamisados.

El enunciado editorial intentaba racionalizar las diversas instancias que permitieron a este régimen provocar la conducta *“regresiva”* de la ciudadanía, trastocando incomprensiblemente su compromiso con la libertad y la independencia por la sumisión a los dictados de un régimen totalitario:

“el pueblo argentino, ese mismo pueblo que había recorrido las calles y llenado las plazas de la república, para celebrar en 1944 la liberación de París, como símbolo del triunfo sobre las tinieblas, ese pueblo fue infectado por una propaganda demagógica, para lo cual se utilizaron todos los resortes del poder, que lo acostumbró a solicitar como mendigo y agradecer como siervo aquello que le pertenecía como fruto de su trabajo” (9/7/76, el subrayado es nuestro).

Tal era el esfuerzo retórico en el que estaba empeñado el editorialista que, en aras de magnificar la reconversión de la cultura política, homologó a quienes en la disyuntiva electoral del 24 de febrero de 1946 con seguridad se habrían expresado en

las urnas a favor de la Unión Democrática, con aquellos que se encolumnaron detrás de la figura del coronel carismático; además de acudir a la apelación al concepto patológico “*infectado*” que se analizará posteriormente.

La degradación de los que adscribían a la ideología peronista fue tan exaltada que en su discurso nunca fueron considerados como ciudadanos libres que escogían su orientación política sino que, por el contrario, eran calificados como “*seguidores*”, “*afiliados*”, “*simpatizantes*” y “*votantes*” de la “*demagogia que llegó a todos los sectores*”. El diario subestimaba y menospreciaba a las “*multitudes ciegas embelesadas*” con el peronismo, asignándoles un carácter pasivo:

“la altísima proporción de los que demostraron tener gajates apropiados para comulgar con ruedas de molino, puso de relieve la lamentable falta de rudimentos esenciales, indispensables para saber separar el grano de la paja e impedir que los charlatanes vendedores de elixires mágicos pudieran llegar a los poderes políticos” (8/9/76).

Nuevamente se equiparaba a la masa con las comunidades que atravesaban los estadios más primitivos de organización social, las cuales operaban mediante una forma de conocimiento, y por ende de acción, basada en el principio de autoridad o de la tradición.(25)

El discurso de *La Prensa* aseveraba que el *régimen* justicialista habría logrado el “*envenenamiento de las conciencias*” desde la más tierna infancia, entre otras estrategias, por medio de “*lecturas infantiles*”, destinadas a la exhumación de las derrotadas montoneras federales y sus líderes del siglo XIX que, como

“Rosas, el Chacho, Facundo y hasta Felipe Varela y otros caudillos de la misma estirpe, se convirtieron así en héroes y próceres por decreto, mientras la evocación de Mayo y Caseros era reemplazada por la del 17 de Octubre y la gloria de la pareja presidencial” (9/4/76); “suelen deslizarse pullas y epítetos contra la tradición liberal argentina, mientras exaltan la figura del tirano Rosas y aplauden la ‘gesta patriótica’ de los caudillos montoneros a quienes la Argentina nada debe, como no sea crueldad, desorden, estancamiento, rapacidad y autoritarismo. El denuesto alcanza a Mitre” (8/8/81).

De esta forma, los nuevos próceres justicialistas servirían para construir una *otredad* que se diferenciaría de la oligárquica al desplazar del Panteón de la historia a los que representaban a la tradición liberal, fundadores del modelo republicano y tradicional, reproducido a través de la institución escolar que el diario defendía sin reservas. Entendía que las estrategias de adoctrinamiento tenían por objeto construir un sentimiento de pertenencia a un sector fijado en torno a una justificación histórica que sería fundante del nuevo movimiento político y que para robustecerse construía el antagonismo actual nutriéndose del pretérito: “*el vínculo, pues, es múltiple y definitorio: los caudillos montoneros, rosismo, justicialismo*” (8/8/81).

El medio de los Gainza Paz buscaba con afán alertar a sus alocutarios, el gobierno y los lectores, acerca de que en el movimiento de masas más importante del

siglo XX había reencarnado la figura del *predador* utilizada al evocar los acontecimientos de violencia política acaecidos durante el segundo gobierno de Juan D. Perón. De esta manera, aquellos hechos contrarios a la conducta civilizada (incendios a bibliotecas, iglesias y sedes partidarias) eran parangonados con las prácticas guerrilleras de la década del '70: *“un cuarto de siglo es más que suficiente para definir el origen y naturaleza de estos episodios de barbarie, que quedan registrados como flagrantes atentados contra la cultura argentina”* (15/4/78, el subrayado es nuestro). Además el enunciado editorial no escatimaba calificativos negativos que evidenciaban su adscripción a la “ideología” del progreso para definir la *otredad justicialista*: *“insuficiencia cultural”, “comportamiento primitivo”, “movilización de las masas incompatible con formas superiores de convivencia”, “inferior forma de convivencia”*. Estas lexicalizaciones eran utilizadas con la clara intención de fustigar los cambios que el peronismo promovió en la sociedad desde 1945.

Por supuesto que el examen de la conducta del movimiento popular no se limitó a sus albores y primera década de gobierno. El medio no dejaba de llamar la atención sobre la permanente intervención en la vida política del país que le cupo al líder justicialista, en particular durante su residencia en Madrid, asignándole la responsabilidad casi excluyente del impulso de las distintas manifestaciones de la violencia política que se consumaron en la Argentina desde 1955 y que tuvieron su pico de tensión en los '70.(26) Los grupos armados, identificados o no con el peronismo, para *La Prensa* surgieron al calor de las directivas del exiliado mereciéndole reflexiones que alertaban sobre el regreso a pautas de convivencia desprovistas de todo marco regulatorio contractual que profundizarían la *barbarización* iniciada en 1945. En ese sentido argumentaba a los mismos alocutarios sobre la necesidad imperiosa de retomar el rumbo marcado por la tradición inaugurada por la Constitución de 1853:

“¿qué le queda a una comunidad que no acata sus leyes, que no cumple las convenciones ni los contratos? La discordia, el diario enfrentamiento, el desorden. ¿No hay ley cuando se prescinde de la ley? Sí, como lo decía Hobbes: se vuelve al estado de naturaleza. Es decir, a la vigencia de la ley de la selva. Allí estábamos hasta el 23 de marzo” (16/8/76, el subrayado es nuestro).

De este modo la barbarie política inoculada desde hacía un cuarto de siglo devenía en la violencia setentista.(27) Las organizaciones armadas reivindicaban como principio rector de su accionar una suerte de apotegma que el matutino no podía menos que rechazar denunciando que *“con esperanza de justificar sus predaciones, aseveraban que ‘la violencia de arriba engendra la violencia de abajo’”* (27/8/76, el subrayado es nuestro) y descalificándolas con el enlace positivo *“infantilismo revolucionario”* con el cual buscaba menoscabar su capacidad para intervenir adulta y racionalmente en la transformación de la realidad del país.

Por cierto, en la óptica del diario la demagogia y la propaganda oficial fueron los instrumentos utilizados para sentar las bases de un *“sistema totalitario”* (18/7/76) que,

en virtud de los andariveles por los que transcurrió la evolución de la política nacional durante la segunda mitad del siglo XX, lo había convertido en la antesala del comunismo:

“los esquemas populistas, peronistas y tercermundistas son nada más que proyectadas introducciones al marxismo” (4/6/76); “la permanencia del partido justicialista en el gobierno habría producido fatalmente el advenimiento del ‘estado comunista’ en esta parte de América” (24/8/76, el subrayado es nuestro).(28)

De este modo, su enunciado ligaba de manera indisoluble al populismo, al marxismo y también al fascismo, manifestaciones que, en la historia argentina, tenían por hilo conductor el accionar del peronismo con su sistema de control estatal que asfixiaba el libre albedrío del individuo y cuya defensa suprema está inscripta en la Carta Magna. El enunciado institucional denunciaba sin miramientos al sistema que concretó la opresión sobre las conciencias ciudadanas:

“la agobiante pesadilla peronista que otra vez dividió al país en sectores antagónicos y logró que emergiera lo peor que como pueblo tenemos. Algunos sistemas políticos logran poner de manifiesto las lacras que subyacen en lo profundo de un pueblo. Todos los regímenes autoritarios participan de esa característica. Y el peronismo fue nuestro modelo de autocracia que enturbió la superficie limpia (...) El peronismo supo hacer aflorar ese magma primitivo y en él se basó para construir su imperio de farsa y tramoya” (31/12/76, el subrayado es nuestro).

Evidentemente, para el diario de los Gainza Paz todos los caminos conducentes al peronismo ponían a la Argentina en una suerte de túnel del tiempo, pues su presencia en el escenario político nacional, había permitido emerger en la sociedad caracteres que daba por superados desde la época de la institucionalización en la segunda mitad del siglo XIX.

“El gran responsable”, el “régimen” y los peronistas en la mira de La Prensa.

El matutino dirigido por Máximo Gainza no se conformaría con marcar a fuego a la expresión política que a su entender habría provocado tan fenomenal regresión en la vida cívica de los argentinos, sino que le reservó un sitio de privilegio a quien ejerciera su conducción. Como puede suponerse, su presentación lejos se hallaba del elogio y la adulación pues, con la pertinacia que caracterizaba a *La Prensa* cuando se decidía a desarrollar una verdadera campaña, lo haría blanco de su repulsa sistemática expresada por medio de enlaces positivos: “caudillo”, “líder”, “tirano”, “dictador”, “senil y corruptor”, “jefe omnímodo”, “santón sin honra”. Estos apelativos operaron en el discurso público como verdaderas etiquetas que llevaban indeleble el sello editorial del diario. No conforme con su descalificación, *La Prensa* declarararía que a Juan D. Perón debía atribuírsele la paternidad de la “crisis de la república”, por lo cual lo presentaría como “el gran culpable” (2/7/76) para identificarlo posterior y definitivamente como “el gran responsable” (24/3/77).(29) Las lexicalizaciones peyorativas se mantendrían inalterables en las columnas del diario hasta el final del período analizado y tal sería su grado de influencia que, por caso, el mismísimo general A. Harguindeguy, asesor del

presidente R. Viola, las utilizarías tomando al matutino como principio de autoridad, en ocasión de manifestarse como fervoroso oponente a *“un retorno al populismo demagógico y la reelección de un gobierno como el que presidió el ‘gran responsable’, autor de la frustración y la decadencia nacional”* (21/8/81). De este modo podemos ver la retroalimentación entre el discurso oficial y el del medio en tanto éste ponía en circulación y legitimaba las declaraciones oficiales, reforzando las representaciones sociales sobre el peronismo y la *subversión*, como veremos.

Paralelamente, al atribuirle a J. Perón la responsabilidad de la crisis de la república no eximía a sus más cercanos colaboradores de su compromiso. En general, el enunciado editorial al referirse a los dirigentes justicialistas omitía a propósito sus apellidos, contrariamente al trato que le dispensaba al líder cuyo nombre era repetido hasta el hartazgo como reafirmación de la responsabilidad máxima que le atribuía. Las excepciones a esta regla, las encontramos cuando aludía a aquellos que, como su última esposa María Estela Martínez, Héctor J. Cámpora y Raúl Lastiri, habían ocupado la más alta magistratura del país, como así también el caso paradigmático de quien fuera su secretario privado y ex ministro de Bienestar Social, José López Rega. Al resto de los dirigentes, sin enfatizar en su procedencia o su participación específica en el proyecto político peronista, los estigmatizaba mediante el empleo de subjetivemas negativos: *“charlatanes”, “demagogos”, “los que engañaron a la juventud”,* fabuladores de la *“argentina potencia”,* autores de un *“programa absurdo definido como de liberación nacional”*. El diario de los Gainza Paz no dejaba de objetarles que, al haber ocupado puestos en los distintos poderes del Estado, hubieran incurrido en el abuso de poder y el nepotismo. En verdad, el esfuerzo retórico de *La Prensa*, no se limitaba a la descalificación de las acciones, pues para manifestar con mayor contundencia su reprobación al estilo de los funcionarios peronistas llegaría a designarlos como *“criaturas del poder justicialista”,* con la evidente intención de presentarlos como verdaderos monstruos políticos. El barroquismo discursivo explicaría el comportamiento peronista mediante un enunciado jurídico destinado a emparentarlo con la ilegalidad, sosteniendo que no podía sustraerse a la *“naturaleza criminal de un régimen”*. También remarcaba con énfasis la deshumanización a la que los llevaba el sistema pergeñado por su líder: *“todos eran tuercas y tornillos de la máquina del oficialismo y todos eran culpables, ya por acción, ya por omisión”* (21/5/76), cual si fueran autómatas carentes de raciocinio y capacidad de reflexión. La estrategia empleada para la titulación también resulta sugestiva en este sentido.(30)

La puesta en marcha de esta nueva modalidad *“totalitaria”* de administrar el Estado, reprobada desde el enunciado editorial, traía como consecuencia el influjo del hábito delictivo favoreciendo *“el afloramiento, el ascenso y el predominio de los peores”*. En estos últimos no imperaban precisamente las virtudes honorables que eran atribuidas a

los hombres de la Argentina republicana defensores del programa tradicional que evocaba el discurso de *La Prensa*. Por el contrario, los peronistas actuaban por medio de “*camarillas*” implicando una carga onerosa para el Estado, pues su naturaleza antirrepublicana los compelió al “*estipendio de los guardaespaldas y policías paralelas*” (22/4/76), anómala situación que daba cuenta de “*la irracionalidad, la incapacidad, la carencia de control y las creencias erróneas [que] han hecho su obra destructora*” (4/6/76). Por supuesto que ese sesgo tan peculiar no era azaroso, sino que obedecía a su “*afán de súbito enriquecimiento, no menos que de una sostenida propensión a incursionar en actividades que la ley prohíbe y el Código Penal castiga*” (18/10/76). El “aparato justicialista”, dentro de su deshumanización, reconocía distintos niveles y por supuesto no beneficiaba a todos sus integrantes por igual, operando como

“dispensador de favores y puestos, cuando no agente de tramitaciones irregulares u otorgante de mercedes y prebendas para la comisión impune de espléndidos negocios accesibles sólo a los jerarcas más conspicuos” (16/3/77).

En definitiva, el discurso editorial sentenciaba que el “*gran responsable*” actuó como el principal inspirador de un sistema de gobierno que transformó de raíz las costumbres cívicas del pueblo argentino, desvirtuando la historia, enajenando ya desde la infancia la conciencia de la sociedad y permitiendo que llegaran al poder los peores de la sociedad quienes administraron como una camarilla dispuesta a enriquecerse y dilapidar los recursos públicos. Su proyecto destruyó el sistema republicano liberal que instaurara la generación del ochenta y si no se hubiera interrumpido el 24 de marzo de 1976 hubiera conducido inexorablemente al país hacia el colectivismo comunista. En suma, *La Prensa* coincidía con los objetivos no explicitados del proceso: refundar el ethos de la sociedad, reestableciendo una visión individualista, economicista y atomista de la ciudadanía y de la vida social, reemplazar un estado subsidiario a aquel concebido como garante de derechos sociales, planificador y regulador del capitalismo.

El “nosotros republicano”: La Prensa y sus demandas al Proceso contra el “gran responsable”

El matutino, tal como fue explicado, durante los dos primeros años de la dictadura jerarquizó en su discurso los perjuicios que el peronismo había ocasionado hasta el 24 de marzo de 1976, al tiempo que justificó la decisión de las Fuerzas Armadas de haber producido el golpe militar para rescatar al país del abismo en el cual lo había sumido el “*gran responsable*” y sus seguidores. No obstante ello, publicó una serie de notas referidas al desempeño de las autoridades militares que si bien tenían un carácter apologético no implicaron necesariamente la anulación de todo espíritu crítico.

Los artículos laudatorios tuvieron lugar cuando los jerarcas militares dieron muestras de hallarse dispuestos a ejercer la misión justiciera que el diario ansiaba en

relación con los funcionarios depuestos. Esta actitud parecía comenzar a materializarse cuando las autoridades decidieron someter a un número importante de dirigentes justicialistas a las arbitrarias Actas Institucionales,(31) medida interpretada apologeticamente por el diario:

“sería ocioso subrayar el carácter histórico de estas sanciones [pues] carecen de antecedentes en nuestro país (...) es como si en un mismo momento hubiesen sido invocadas, para dictar el fallo reparador, todas las fuerzas morales e históricas que a través de más de siglo y medio han contribuido a formar el patrimonio común de los argentinos (...) una forma de vida que hoy urge reconstruir, enaltecer, promover y vigorizar” (26/6/76).

Esta evocación a una Edad de Oro efectuada por el matutino resulta una prueba elocuente de su adscripción a la reconstrucción del *ethos liberal*(32) planteado como estrategia ideológica por el gobierno dictatorial para superar la situación heredada. En tal sentido, ante la disyuntiva orden o caos, no dudaba en reconocerse como parte del *nosotros* que sostenía el programa del orden destinado a suprimir el *ellos-caos* personificado en el justicialismo. En ese colectivo de identificación, integrado por las Fuerzas Armadas, la ciudadanía consciente y el medio, recaería la misión de llevar a cabo los objetivos fundantes de la dictadura, atribuyéndose el periódico, en su rol de actor político, la función de señalar el camino a seguir y alertar sobre las potenciales desviaciones. De ahí que combinara con el inicial estilo apologetico el admonitorio, que predominaría en lo sucesivo, desplazándose hacia el final a un tono crítico.

La construcción discursiva de su columna institucional se vio sesgada por el empleo de subjetivemas que apuntaban a la urgente desperonización del país, para lo cual resultaba imprescindible el “*saneamiento moral*” (2/9/76) que comprometía a sus alocutarios, las autoridades y la sociedad. *La Prensa* proponía la implementación de acciones drásticas contra el peronismo, indispensables para asegurar la concreción del programa de reorganización nacional y que encontraban su justificación en la “*lógica del bien*”.(33) Por caso, equiparaba la puesta en marcha de la higiene urbana con similar proceso de carácter ideológico pues éste último resultaba imprescindible para asegurar, aunque pareciera paradójico, la conservación de la república preexistente al justicialismo, a la que en definitiva había que volver: “*hay que limpiar los muros y paredes. Pero hay que limpiar también las cabezas, porque allí nació el error. Es la condición primera, conservar el futuro*” (1/4/76). El medio además seguía apelando al discurso jurídico para señalar que los justicialistas sólo podían ser tratados como delincuentes:

“es necesario hacer una limpieza profunda, sin la cual sería ingenuo suponer que podamos salir de la crisis. Todo contacto y toda vinculación con los personajes del régimen anterior deben ser cortados de raíz, porque esas personas sólo merecen ser juzgadas” (18/6/76).(34)

Tampoco estuvo ausente en su anunciado la metáfora organicista, por caso, al referir sobre el “*envenenamiento de la conciencia*” sufrido por los peronistas evaluaba que

sólo restaba “*lavarles el cerebro*”. El diario, consciente de la ciclópea tarea que implicaba suprimir la incidencia de este movimiento de masas en la vida política nacional, advertía a su alocutario gubernamental que

“la tarea de desinfección llevará largo tiempo. Ello demuestra que es absolutamente necesario comenzar ahora mismo a realizarla (...) el noventa por ciento de nuestra población padece el morbo de las creencias e ideas marxistas y populistas” (5/7/76).

Podemos constatar que la circulación del discurso patológico en las declaraciones oficiales y en el discurso de los medios, no encontró una excepción en los enunciados del matutino.

Recordemos que la definición draconiana de la sociedad por parte de los militares, evocaba imágenes tomadas del ámbito de la medicina: el mal que aquejaba al país provenía desde abajo y debía ser enfrentado por acción decisiva desde arriba. La intención explícita del gobierno de las Fuerzas Armadas era cerrar el ciclo histórico que había iniciado el peronismo 40 años atrás.⁽³⁵⁾ Por lo cual, la adscripción del matutino a ese programa hacía que se posicionara en el lugar de demandante frente a quienes debían concretarlo permitiéndose advertirle acerca de los riesgos que corría la credibilidad militar sino comenzaban a adoptar medidas que suprimieran el modelo consagrado por el justicialismo: “*hay que impedir que las esperanzas que empezaron a florecer el 24 de marzo sean agotadas por el escepticismo. No se puede continuar con las viejas prácticas si en verdad se quiere ordenar al país*” (18/6/76). Al tiempo, la advertencia volvería a jerarquizarse en su columna con el fin de predecir a sus alocutarios que, no obstante no haberse agotado el crédito político de la Junta Militar, debía evidenciar su voluntad de comenzar la labor de reconstrucción de la república aún pendiente, pues de lo contrario “*la confianza puede agotarse y el principio de autoridad quedar comprometido si no se aplican las medidas de saneamiento indispensables*” (16/5/77).

Como quedó expuesto, el matutino recurrió al estilo admonitorio para puntualizar los mecanismos que facilitarían a la dictadura erradicar la influencia ideológica del peronismo. Ahora bien, ante la aparente parsimonia de los militares para poner en marcha el saneamiento anhelado, *La Prensa* respondía añadiendo a su habitual estilo admonitorio un tono imperativo con la intención de rescatarlos de su letargo. Por caso, bastó el temprano rumor que habría circulado sobre la posibilidad de que algunos dirigentes justicialistas pudieran ocupar cargos en la administración a nivel municipal y provincial para que le advirtiera a su alocutario, las autoridades, que una decisión de esa naturaleza “*resulta incompatible con el ‘plan de reorganización’ nacional*” (21/5/76). Con seguridad el alerta que habría provocado aquella versión interesada se disipó cuando el matutino corroboró que tan *descabellada* idea no se concretaría, aunque fuera por el momento como veremos más adelante.

Sin embargo, la persistente pasividad oficial seguía siendo una preocupación

puesta en evidencia en la columna institucional, a punto tal que llegaría a conminar a la Junta Militar para que acusara públicamente al peronismo como enemigo de la República y, de este modo, identificarlo oficialmente como la *otredad*. Para señalar la ausencia de definiciones oficiales taxativas en torno a la responsabilidad que les atribuía a los autores de la crisis nacional, recurriría a un mensaje propio del discurso militar expuesto ya en el uso de un título indicativo “¿*Estamos en guerra?*”. En esa ocasión, el matutino exigía a las autoridades que reafirmaran, de algún modo, el pacto originario que los involucraba en el *nosotros republicano* inconciliable con el *ellos peronista*. Pero a esta altura el reclamo adquiriría mayor magnitud, pues ya no le alcanzaba a *La Prensa* con la exclusión de los justicialistas de los cargos públicos ni con la sanción judicial. Reivindicándose como pionera en esta lucha los emplazaba a responder al ataque que éste efectuó contra la república hacía treinta años, pues de otro modo sería

“imposible identificar al enemigo. Por el contrario, en muchos casos se procede como si en verdad no existiera tal enemigo, como si los argentinos estuviéramos colocados todos en el mismo campo. Pero esto, naturalmente, no es así. Los que no temieron denunciar, antes del 24 de marzo, las arbitrariedades y los desbordes de todo género, no pueden ser confundidos y mezclados con los que provocaron y se aprovecharon de esas arbitrariedades y desbordes”.

A continuación apelaba a los pares opuestos para exponer la resolución de esa disyuntiva ideológica, estrategia similar a la ya enunciada de civilización o barbarie. Por cierto, el diario interpelaba a la Junta Militar para que, frente a la agresión, se definiera y actuara en consecuencia:

“hay dos Argentinas: la Argentina republicana y la Argentina marxista, peronista, populista y tercermundista; sabemos perfectamente quién debe luchar contra quién. Hasta este momento sigue erecta y desafiante ‘la otra Argentina’: la de Perón y sus aliados. Hay que combatirla de frente y con todos los medios disponibles para lograr vencerla. Hay que luchar contra la forma de vida y la concepción ideológica que ella sigue representando. Esa ‘otra Argentina’, le declaró la guerra a la Argentina republicana hace más de 30 años” (14/11/76).(36)

La vigencia de este antagonismo volvería a reafirmarse en el transcurso del segundo año de la dictadura cuando manifestaba taxativamente “*no puede existir un Estado y una sociedad que sean, simultáneamente, capitalistas y comunistas, demócratas y totalitarios, republicanos y populistas, liberales y corporativos*” (9/8/77), motivo por el cual insistiría en la exigencia a su alocutario militar para que tomara partido.

Al promediar el tercer año de la dictadura se resolvió el conflicto surgido en torno a la elección del cuarto hombre, con la confirmación de Videla en el poder ejecutivo, luego de una despiadada interna castrense. En ese momento, muchos interpretaron que el gobierno militar iniciaba una nueva etapa, entre ellos. *La Prensa* quién aún aguardara la denuncia contra el peronismo ante el silencio oficial que a esa altura le empezaba a parecer sospechoso:

“si el gobierno no señala y descarta a los enemigos de la República, y entre ellos al gran responsable, que aunque hayan violado o no según los casos el Código

Penal destruyeron las instituciones y fueron los factores de la decadencia, los hombres libres no se sentirán identificados con su gobierno, y las más elevadas y patrióticas intenciones de éstos últimos se malograrán” (3/8/78).

Evidentemente, el enunciado editorial consideraba imprescindible para “*conservar el futuro*” republicano que el poder militar reafirmara su compromiso con aquellos ciudadanos que, al tiempo de ser los alocutarios del diario constituyendo el *público activo*, formaban parte del *nosotros republicano*. Resulta notorio el empleo de conceptos laudatorios para definirlos en su columna:

“opinión responsable del país”, “ciudadanos eminentes y de actividad pública irreprochable”, “la opinión sana y responsable”, “ciudadanos que eran sus partidarios naturales [del proceso]”, “los que aspiran a vivir en un ámbito de cultura y progreso como el que ostentan los grandes países de Occidente”, “la ciudadanía sensata”, “opinión independiente del país”.

A ellos, precisamente, los instaba a recuperar la memoria de su pasado más glorioso cuando les recordaba que en 1955 fueron el principal impulsor del derrocamiento de Perón.(37)

De este modo, el diario recurría a una estrategia que tenía una doble finalidad; por un lado, reforzaba el pacto de lectura fortaleciendo la identificación con el *nosotros republicano*. En segundo lugar, reclamaba a las autoridades que debían reconstruir la alianza que actuó en 1955 para cumplir con los objetivos de la dictadura:

“solamente si las Fuerzas Armadas se apoyan en los ciudadanos republicanos podrá recuperarse la República. Hay que reconstituir el binomio cívico-militar, de clara y definida vocación republicana, para limpiar el país de los restos del pasado totalitarismo, estabilizado para que la continuidad constitucional no vuelva a quebrarse y proyectarla hacia el destino de grandeza por el que trabajaron nuestros próceres” (16/9/77).

Su estrategia argumentativa combinó entonces el hostigamiento al peronismo con la necesidad de concretar la valorada mancomunidad de ciudadanos y militares sin obviar, por supuesto, que la mayor responsabilidad del futuro institucional recaía en quienes gobernaban. En consecuencia, mientras aguardaba la nunca concretada denuncia pública del “*gran responsable*” y sus cómplices, comenzaría a enumerar una serie de exigencias que a su criterio eran fundamentales para dismantelar al “estado peronista”:(38)

“lo que se requiere es eliminar lo que ha impedido que el régimen republicano pudiera funcionar por causa del sindicalismo totalitario, la monstruosa expansión de las funciones del Estado, la restricción de la actividad privada, el empleo de uso abusivo de medios de propaganda por el gobierno y el debilitamiento de las garantías individuales” (3/4/77); “el enorme gasto público, la ineficiencia de las empresas estatales, el déficit fiscal, la expansión de la base monetaria, la participación exagerada del sector público en el mercado financiero, alimentan una nociva y caudalosa fuente de expectativas inflacionarias, en virtud de la reacción lógica y normal del público que sufre este injusto tratamiento económico” (27/10/78)

Hasta entonces, el diario no daba cuenta de las profundas diferencias que

existían en las fuerzas militares que impedirían concretar un proyecto político que heredara al proceso, razón por la cual se puede comprender la adopción de ambiguas actitudes frente al peronismo que reclama el medio de la familia Gainza Paz.

Ahora bien, esta necesidad de suprimir el modelo estatista no implicaba solamente retrotraer la situación material del país a la época preperonista, mediante la privatización de las empresas estatales, la supresión del sindicato único o la salida de movimiento de no alineados.(39) La recuperación de la república demandaba la destrucción del capital simbólico identificado con el movimiento de masas por medio de una acción cívica que, al tiempo que contrarrestara el adoctrinamiento peronista, aleccionara a los jóvenes mediante la transmisión de la verdadera historia:

“si los que ejercen el poder omiten ilustrar a las actuales generaciones acerca de lo que el peronismo hizo cada vez que pasó por el poder, y admiten a sus representantes y continuadores a participar en las soluciones políticas futuras, asumirán una responsabilidad que la historia les adjudicará inexorablemente, pues habrán creado las condiciones del enfrentamiento y la división, tal vez de la guerra civil entre los argentinos” (10/9/78).

El medio no sólo pretendía la sanción moral y material de los responsables, sino que exigía que las autoridades se hicieran cargo de desarrollar una acción preventiva de cara al futuro inmediato esclareciendo a los futuros ciudadanos (hipotéticos votantes).(40) Con el mismo objetivo, demandaba a las autoridades, en forma reiterada y admonitoria, que impidieran a los acusados intervenir en una apertura democrática, *“los dirigentes y organizaciones que han demostrado ser entrañablemente corporativistas y totalitarios y que en su pasaje por el poder instauraron en los hechos una dictadura sustentada en la demagogia y en un sindicato compulsivo, no podrán intervenir en las soluciones políticas que se busquen” (26/11/78)*, ya que en caso de permitirlo serían los responsables del mantenimiento de las *“dos Argentinas”* y por ende, de la conflagración interna.

Hacia el final de la etapa videlista *La Prensa* aún no había visto satisfecha ninguna de las proposiciones que efectuara a los militares mientras los consideró parte del *nosotros republicano* que contribuyó a construir. En efecto, ni el primer desafío que le propuso a la gestión castrense que fue el responsabilizar públicamente al peronismo, ni los subsiguientes, que contemplaban la necesidad de *limpiar* al país de ese *mal* para restaurar la Argentina republicana por medio de la constitución del binomio cívico-militar y la desarticulación del estado *“populista”* fueron concretados por las autoridades. La decepción del periódico luego del tercer año de la dictadura se evidenció a través de la adopción de un tono crítico que profundizaría en adelante.

El fin del “nosotros republicano”: La Prensa frente al “Gran Responsable” y al “proceso militar”

Después de haber apostado en vano a la constitución de un *nosotros republicano* que sirviera de aglutinador para desterrar al peronismo del horizonte institucional del

país, *La Prensa* asumió paulatinamente la idea de que en su conformación ya no tendría lugar el gobierno de facto.

Al promediar la gestión de J. Videla dando inicio a la denominada etapa de “*agotamiento del proceso*”,(41) tuvieron lugar una serie de acontecimientos que le sirvieron al matutino de los Gainza Paz para someter a las autoridades a su exigente columna editorial. En tal sentido, al difundirse diferentes manifestaciones públicas de la dirigencia política, el diario inquiriría a la Junta Militar respecto de las condiciones en las que se discutiría la posible salida política y el lugar que podrían ocupar en ella, quienes a su entender, eran los responsables de la destrucción de la República. En momentos en que algunas notorias figuras del justicialismo comenzaban a adquirir protagonismo en la esfera pública situación inadmisibles para el matutino. De este modo, ante el testimonio brindado por el vicepresidente primero del partido Justicialista Deolindo Bittel ante la CIDH, acusando a la Junta Militar de ejercer el terrorismo de Estado, el medio – independientemente de que apoyara a las autoridades frente a la interpelación del organismo internacional- cuestionó el documento del ministerio del Interior, que rechazaba la imputación del dirigente peronista, por no denunciar que el “*gran responsable*” de la violencia política en la Argentina había sido J. Perón.(42) El convencimiento sobre la necesidad de acabar con el sistema peronista llevaría al periódico a advertir en tono predictivo el fracaso del gobierno de facto sino mediaba una sanción moral contra los “*enemigos de la república*”: “*ninguna revolución se justifica si no tiene una finalidad de saneamiento moral*”.

Cuando conceptos como diálogo y participación(43) comenzaron a volverse habituales en la retórica oficial, el matutino reiteraría sus dudas acerca del lugar que se le otorgaría al peronismo. La esperada sanción de la ley de asociaciones profesionales que, contrariando la expectativa del diario, respetaba la existencia del sindicato único contra el cual había batallado históricamente, sumada a la ausencia de medidas que desestructurasen al Estado peronista, contribuyeron a acrecentar su decepción y a convencerlo de que los militares gobernantes ya no compartían ese *nosotros republicano* por el que tanto bregaron. El desencanto sería mayúsculo al publicitarse las prometidas Bases Políticas del Proceso, sentimiento que expresó en un categórico enunciado que combinaba el tono crítico y el admonitorio con subjetivismos negativos. En esa nota daba cuenta críticamente de las contradicciones que existían entre el decir y el hacer de la Junta Militar:

“sin duda lo dicho en las bases es absolutamente incompatible con las estructuras inauguradas por el peronismo cuando éste pasó por el poder, pero esas estructuras no han sido removidas hasta ahora. La errada orientación de la nueva ley de asociaciones profesionales, el monstruoso régimen previsional, el Estado paternalista, el dirigismo y los controles, la inflación motivada por la hipertrofia del Estado y su participación en la economía, definen una concepción totalitaria del gobierno y la sociedad” (21/12/79).

Poco antes de cumplirse el cuarto aniversario del golpe militar, *La Prensa* concentraría su atención en dos cuestiones estrechamente vinculadas. En primer lugar, seguiría exigiendo la inhabilitación del peronismo en el futuro juego político del país como respuesta al reconocimiento oficial que, al aceptarlos como interlocutores, los legitimaba. El matutino continuaba repudiando a quienes consideraba que desde siempre avasallaron las libertades civiles y políticas y *“ahora quieren ornarse con calidades y virtudes que ayer no más execraron y persiguieron y fueron motivo de denuedo y vituperio por las masas vociferantes que respondían a las incitaciones del poder autocrático”* (30/11/79).

En segundo lugar, resulta notorio que el discurso editorial, al sentirse decepcionado con la obstinación oficial, excluyera desde entonces del *nosotros republicano* al gobierno, considerando que sólo él como el público activo eran los que lo conformaban. Tal era el desencanto y el enojo del medio que advertía:

“ciudadanos eminentes y de actividad pública irreprochable han expresado en las últimas semanas su preocupación por la falta de una clara definición oficial acerca de papel que están llamados a desempeñar en la fase final del Proceso de Reorganización Nacional quienes llevaron al país, en dos oportunidades, al borde de su desintegración” (9/1/80).

Por cierto, la reafirmación de la ruptura discursiva con la dictadura estaría expresada en la aseveración de que el inicio de la etapa de diálogo político representaba el comienzo del fin del proceso de reorganización nacional. El matutino no esperó que Videla dejara el sillón presidencial para exponer con taxativa claridad su sentencia sobre el comportamiento asumido por los militares frente al *“gran responsable”* recurriendo a una imagen que los mostraba alejados de la ciudadanía: *“en las alturas del poder desde el 24 de marzo de 1976 la consigna cumplida fue la de no recordar a Perón, con alguna excepción que, por serlo, confirma el sentido excusatorio de esa conducta de las autoridades”* (5/2/81). A lo largo del periodo subsiguiente su discurso editorial profundizaría la brecha existente entre el *nosotros republicano* y el gobierno dictatorial por medio del uso de metáforas que otrora usara para cuestionar al peronismo: *“alturas del poder”, “desde el olimpo de sus cargos”, “manejar en las sombras”*. Su empleo servía para equiparar el accionar de las actuales autoridades con el *otro peronista*, es decir, que actuaban posicionados en lugares vedados a la ciudadanía, amparándose en prerrogativas inaceptables en una república. Asimismo, el alejamiento de la gestión castrense respecto de la opinión pública se expresaba en la columna con subjetivismos negativos que explicitaban un estado de ánimo definido por la *“incertidumbre”, la “inseguridad”, el “desasosiego”, la “incomprensión”*.

El enunciado se volvería más combativo aún durante la gestión del general R. Viola evidenciando una ruptura irreversible con el gobierno. Desde entonces, si bien persistió en la prédica admonitoria ya no lo hacía con la expectativa de lograr eco en sus

alocutarios sino que, por el contrario, la esgrimía para remarcar sus diferencias ante un gobierno que tocaba fondo. De ahí que el nombramiento de intendentes peronistas, que alarmara injustificadamente a *La Prensa* en mayo de 1976 y que fuera concretado por R. Viola como parte de su propuesta aperturista, promoviera notas que le adjudicaban a la dictadura un comportamiento regresivo similar al que le criticaba al peronismo: “*la involución de un proceso que está llevando a restablecer la ideología política desechada por las Fuerzas Armadas en 1976*” (18/6/81). Esta nefasta decisión alcanzaría un punto de no retorno para el matutino al producirse la detención de aquellos militares retirados, protagonistas del binomio cívico-militar que “*recuperó la república en septiembre de 1955*”, por haber criticado en público la decisión castrense de reincorporar a los culpables:

“malos tiempos vendrán para todos, si se insiste en encarcelar a los que salvaron al país en 1955 y se libera a los que lo llevaron al borde mismo de la disolución nacional, cargo que hicieron a éstos últimos los responsables del Proceso de Reorganización Nacional, que ahora parecen olvidar que la historia de ésta época, inexorablemente, será escrita con la verdad” (19/7/81).

La posición editorial del medio durante la gestión violista alcanzó tal grado de cuestionamiento que le valió ser objeto de una campaña por parte del gobierno que con el fin de amedrentarla le retiró la publicidad oficial, amenazó a sus columnistas, entre otras medidas.(44) De modo que el trato que le dispensaba Viola a *La Prensa* resultaba equiparable al que históricamente le había brindado el peronismo; decisión que reforzó el empleo de un estilo editorial de estilo combativo.

Cuando el comandante en jefe del ejército general Leopoldo F. Galtieri desplazó al segundo dictador de la primera magistratura, para el matutino se inició un compás de espera no exento de expectativas alentadoras sustentadas en la designación en el gabinete de algunos colaboradores de reconocida ideología liberal.(45) De todos modos, su columna institucional no abandonaría el tono admonitorio que la caracterizó durante todo el período por lo que volvería a advertir taxativamente a las nuevas autoridades: “*hay que acabar con expresiones de corrupción e inmoralidad que no son tanto consecuencia de desvío o debilidades de los funcionarios como del régimen heredado que es, por su naturaleza, inocultable corruptor*” (20/12/81); con lo cual mantenía su coherencia al reafirmar que los defectos en la administración no se debían tanto a los factores individuales de quienes ejercían los cargos temporalmente sino a la pervivencia del sistema instaurado por el “*gran responsable*”.

Breve sumario final

El análisis del discurso editorial de *La Prensa* nos permite reconocer diversas estrategias y argumentos que le sirvieron para la construcción del *otro peronista* en oposición con el *nosotros republicano*. Ese colectivo de identificación en el que se reconocía *La Prensa* reforzaba su sentido de pertenencia al definir a un destinatario

negativo personificado por Perón y el peronismo. En ese sentido, denunciaba que el sistema implantado en 1945, denominado “*fascismo a la criolla*”, constituía el origen de la destrucción de la república por haber enajenado la conciencia de la sociedad desde la infancia y haber permitido que llegaran al poder delincuentes dispuestos a enriquecerse dilapidando los recursos públicos. El matutino dedicó una cantidad significativa de editoriales destinados a denunciar al “*régimen totalitario*” y sus mecanismos de consolidación, tales como el sindicato único subordinado al Estado, el adoctrinamiento y el consecuente sectarismo político que llevara al país a una regresión equiparada con la “*barbarie*”. Al mismo tiempo, utilizaba como sinónimos el totalitarismo, el tercermundismo, el comunismo al identificarlos con la máxima expresión del estatismo; el peronismo, en ese sentido, era el camino que llevaría al país inexorablemente al comunismo. Por tanto, el golpe concretado el 24 de marzo de 1976 fue entendido como una posibilidad de salvar a la república de la desintegración. La caótica situación que atravesaba el país tenía para *La Prensa* un “*gran responsable*”, Juan D Perón, y además sus herederos. El posicionamiento institucional frente a ellos se explicitó en las numerosas notas críticas publicadas, especialmente en los dos primeros años de la dictadura, por medio de subjetivemas jurídicos al designarlos como “*delincuentes*”. El discurso editorial evaluaba que era comprensible ese accionar pues la “*maquinaria*” del justicialismo sólo podía atentar contra los principios republicanos. La oportunidad de concluir con el sistema impuesto la representaba el gobierno de facto, lo que explicaría la fiel adscripción del diario a sus metas y el empleo de notas de estilo apologético durante el primer año de gestión. El matutino consideraba que el proyecto militar coincidía con su expectativa de “*desperonizar al país*”, por lo que enunciaba con estilo admonitorio los mecanismos de limpieza que eran necesarios implementar para combatir a quienes instauraron el sistema que transformó las costumbres cívicas del pueblo argentino retrotrayéndolas al estadio pre civilizatorio. Nótese que en un contexto signado por el temor generalizado provocado por el terrorismo de estado ese discurso podía resignificarse de tal manera que se interpretara como justificatorio de la violencia ejercida por parte del Estado. De hecho el matutino recién comenzó a cuestionar la responsabilidad de los militares por los secuestros y detenciones ilegales y los desaparecidos durante la gestión de R. Viola.

La Prensa se reconocía como parte del *nosotros republicano* integrado además por los militares y por un público activo que colaboraría en el *saneamiento*, resucitando el binomio cívico-militar de la “*Revolución Libertadora*”. La demorada denuncia de los militares para lograr la sanción contra “*el gran responsable*” llevó al medio a exigir la abolición del Estado populista. Hasta entonces su discurso fue un eficaz legitimador del golpe y del desarrollo de la gestión militar en el imaginario social.

No obstante ello, hacia 1979 el periódico entendió que ya no existía un proyecto común con las autoridades por lo que adoptó un creciente tono crítico que, sumado al

admonitorio, llevaría en el discurso institucional a la exclusión de las autoridades del *nosotros republicano*. Esta ruptura se manifestó a través de un constante reproche sobre las contradicciones entre el decir y el hacer oficial, además del persistente reclamo de que se excluyera al peronismo del futuro juego político, en particular al instalarse la propuesta oficial de diálogo con los partidos. Como fueran desoídas sus demandas, ya durante la gestión violista, recurrió a un estilo combativo similar al que seguía empleando frente al “*gran responsable*”. La desilusión de *La Prensa* frente a los dictadores se hizo patente a través de advertencias sobre su fracaso al permitir la reinserción en la vida política del peronismo, circunstancia que imposibilitaría la reinstauración de la república al tiempo que demostraba que lo que construyeron como “*justicieros procesistas*” no quisieron salvarla. Por otra parte, al promediar el período estudiado los resultados de la implementación del plan represor obligaron al diario a reformular su posicionamiento cuando el horror comenzaba a querer ser visto por la sociedad y, en consecuencia, por los medios.

NOTAS

- (*) Este trabajo es resultado parcial del proyecto de investigación en curso “*La voz institucional de los ‘no socios’ del proceso militar: Los editoriales de La Prensa, The Buenos Aires Herald y El Día*”, en el marco del programa de Incentivos de la FPyCS, UNLP. Dirigido por el Lic. César Díaz, integrado por Mario J. Giménez, María M. Passaro
- (1) Borrat, Héctor. *El periódico, actor político*, Barcelona, Gili, 1989, p. 10.
 - (2) Price, Vincent. *La opinión pública. Esfera pública y comunicación*, Barcelona, Paidós, 1994, p. 60 distingue dentro de esta “elite” a líderes políticos del gobierno, miembros de cuerpos profesionales y burocráticos, representantes de grupos privados de orientación política o grupos de interés.
 - (3) El enunciado es “*una serie lingüística producida por un locutor (...), éste al producirla se ha presentado como asumiendo la responsabilidad de la misma*” mientras que la enunciación “*es el acontecimiento histórico que constituye, por sí misma, la aparición de un enunciado (...). Es el hecho de que una oración haya sido realizada*”. En Ducrot, Oswald. *El decir y lo dicho*, Buenos Aires, Hachette, 1984, pp. 134 y 135.
 - (4) Rivadaneira Prada, Raúl. *Periodismo. La teoría general de los sistemas y la ciencia de la comunicación*, México, Trillas, 1986, pp. 227 y 229 identifica los estilos críticos, combativos, predictivos, expositivos, apologéticos y explicativos.
 - (5) Para Ducrot, O. Op. Cit., pp. 136 y 137, los alocutarios son las personas a las que el locutor declara dirigirse.
 - (6) Martínez Albertos, José Luis. *Redacción periodística*, Barcelona, ATE, 1974, p.162 califica a los titulares como indicativos cuando son empleados para encabezar comentarios, y como explicativos, a los que utilizados en trabajos informativos.
 - (7) Rodrigo Alsina, Miquel. *Los medios de comunicación ante el terrorismo*, Barcelona, Icaria, 1991, pp. 81-83 diferencia cuatro estilos discursivos para argumentar sobre “actos terroristas”: el jurídico, el patológico, el político y el militar.
 - (8) Véase Díaz, César. “La revolución de 1930 y la opinión pública a través del diarismo platense”, en: *IX Congreso Nacional y Regional de Historia Argentina*. Publicación de la Academia Nacional de la Historia. 1996; Saitta, Sylvia. *Regueros de Tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
 - (9) Cft. Díaz, César. “El diario La Prensa: Actor Político gravitante en el golpe del '30”, en *X Congreso Nacional y Regional de la Academia Nacional de la Historia*, La Pampa, 1999.
 - (10) “*El régimen peronista intentó generar la imagen de ‘unidad espiritual’ que no pudo crear en la realidad, a través de, por un lado la exclusión de la oposición del discurso político legítimo, y por otro, de la creación de un sistema de mitos y símbolos que sentarían las bases de un verdadero imaginario político peronista*”. En Plotkin, Mariano.

- Mañana es San Perón*. Buenos Aires, Ariel, 1994, p. 55.
- (11) Acerca de esta problemática véase Panella, Claudio (comp). *La Prensa y el peronismo. Crítica, conflicto y expropiación*, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación, 1999; Sidicaro, Ricardo. *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario La Nación 1909-1989*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993, pp. 214-215; Sirven, Pablo. *Perón y los Medios de Comunicación. (1943-1955)*, Buenos Aires, CEAL, 1986, pp. 94-116; *Por Defender la Libertad*. Buenos Aires, Artes Gráficas, 1957. Para la etapa posterior a 1955 puede verse Panella, Claudio. *La Prensa y el peronismo. De la Revolución Libertadora a Carlos Menem.*, La Plata, EDULP, 2006.
 - (12) El 3 de febrero de 1852 se había producido la batalla de Caseros donde J. Urquiza derrotó a J. M. de Rosas. Esta última figura política era considerada por el diario como un antecedente de Perón en tanto representación de la tiranía.
 - (13) Entrevista realizada por César Díaz en agosto de 1998.
 - (14) Uno de los editorialistas del diario asevera en sus memorias que no sólo sabía que se efectuaría el golpe sino que alega haber desayunado en el Congreso con los militares usurpadores del poder. Véase Maceira, Enrique. *“La Prensa” que he vivido*, Buenos Aires, Academia Nacional de Periodismo, 2004, pp. 231 y 234.
 - (15) Véase Díaz, César; Passaro, Marta. “Los enemigos de siempre: la oposición periodística de La Prensa al gobierno peronista en marzo de 1976”, en Díaz, César. *La cuenta regresiva*, Buenos Aires, La Crujía, 2002, pp. 115-137.
 - (16) Robert Cox afirma que eran Emilio Hardoy y Enrique Maceira. En Cox, David. *En honor a la verdad*, Buenos Aires, Colihue, 2002, pp. 117 y 127.
 - (17) La propuesta sin mayores detalles fue explicitada por el dictador Videla en un discurso el 31/3/77 (La Prensa, 1/4/77).
 - (18) Véase Díaz, César; Passaro, Marta; Giménez, Mario. “La desilusión de los “no socios” con el proceso”, en Díaz, César. *Nos/otros y la violencia política*, La Plata, Ediciones La Crujía, 2009, en edición.
 - (19) Se profundiza esta cuestión en Díaz, César; Passaro, Marta. “La Prensa y el agotamiento del ‘proceso’”, en: *X Jornadas Interescuelas Departamentos de Historia*, Rosario, FHyA, UNRo, 2005, CD ROM Ponencias.
 - (20) Véase Díaz, César; Giménez, Mario; Passaro, Marta. “Dos dictaduras en el límite de la guerra. El testimonio editorial en el conflicto del Beagle (1977-1979)”, en www.perio.unlp.edu.ar/question *Question Periodismo y Comunicación Social*, Vol. 6, mayo 2005.
 - (21) Puede consultarse Díaz, César; Passaro, Marta. “El amargo sabor del éxito. El mundial 78 a través de las columnas editoriales no complacientes”, en *Tram[p]as de la Comunicación*, La Plata, FPCS, N° 22, febrero 2004, pp. 43-57.
 - (22) En el primer año del gobierno militar relevamos alrededor de ochenta de notas en las que hacía referencia al justicialismo.
 - (23) Véase Díaz, César; Passaro, Marta. “Periodismo y sindicalismo. El discurso editorial de La Prensa 1974-1975”, en *II Congreso del Movimiento Obrero*, CGT y Biblioteca Nacional, Capital Federal, 1998.
 - (24) Por el tiempo en que el matutino publicaba estas consideraciones, la “*barbarie*” la materializaban las Fuerzas Armadas gobernantes: “*como suele suceder en regímenes despóticos, la barbarie se ejercía a través de rituales que tenían tanto de exorcismo como de pavorosa advertencia. El 29 de abril de 1976, por ejemplo, el teniente coronel Jorge Gorieri ordenó en Córdoba una espectacular quema de libros*”. En Novaro, Marcos; Palermo, Vicente. *La dictadura militar (1976-1983). Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 139.
 - (25) Esta es una de las formas de conocimiento propuesta por Samaja, Juan. “Semiótica de la Ciencia”, 2005, Cap. 1, pp. 11-12, mimeo.
 - (26) Véase Díaz, César, Passaro, Marta. “La construcción de la alteridad en los enunciados editoriales de La Prensa (1974-1982)”, en Díaz, César. *Nos/otros y la violencia política*, La Plata, Ediciones La Crujía, 2009, en prensa.
 - (27) Vezzetti, Hugo. *Pasado y presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, p. 58 plantea que, con motivo de la celebración del centenario de la ‘Campaña al desierto’, se produjo la igualación de los “*salvajes*” aniquilados por Roca con los subversivos que amenazaban la nación para proyectar épicamente ese nuevo origen de la sociedad que proponían los dictadores.
 - (28) El almirante (RE) Rojas, conocido por su “*destacada*” actuación en el golpe militar que

- derrocó a Perón en 1955, era columnista de este diario y coincidía plenamente con este concepto, tal como asevera en una entrevista concedida a E. López Saavedra. Puede consultarse López Saavedra, Emiliana. *Testigos del "proceso" militar/1 (1976-1983)*, Buenos Aires, CEAL, 1984, 125: *"Rojas es antiperonista y seguirá siendo antiperonista porque el peronismo, que se enraíza con el marxismo y con el populismo, es un sistema destructivo de la república democrática y liberal, tal cual la concibieron los organizadores de la nacionalidad y como está plasmado en nuestra Constitución (...) El sistema se inspiraba en el marxismo, por lo tanto no es valla contra el marxismo, sino un camino hacia el comunismo"*.
- (29) Utilizó desde entonces este calificativo en innumerables ocasiones. La última vez que lo encontramos en la etapa estudiada fue en un editorial titulado *"El estado totalitario"* (20/12/81).
- (30) *"Dádivas y Favores"* (25/6/76), *"Se llevaban hasta los muebles"* (12/7/76), *"Nada escapó a la venalidad"* (7/9/76), *"Otro caso de Nepotismo"* (15/10/76), *"Naturaleza Criminal de un Régimen"* (27/10/76), *"Acusaciones, Exculpaciones y Estafas"* (11/12/76), *"La tentación justicialista"* (12/12/76), *"Efectos de una Decisión Demagógica"* (16/1/77), *"Orden o Demagogia"* (16/5/77).
- (31) La medida dejaba en suspenso todos los derechos civiles de los acusados (distintos funcionarios del gobierno peronista y a dirigentes políticos y gremiales vinculados a ese partido) *"congelando"* todos sus bienes mientras se investigaba si habían sido legalmente adquiridos. Novaro, Marcos; Palermo, Vicente, Op. Cit., p. 21 señalan que *"varias decenas de dirigentes políticos y sindicales y de altos funcionarios del gobierno derrocado, incluida la ex presidente, permanecieron en prisión durante años y fueron inhabilitados para desempeñar cargos públicos, acusados de corrupción y perjuicio a los 'superiores intereses de la Nación' por las Actas Institucionales dadas a conocer tres meses después del golpe"*.
- (32) En García Delgado, Daniel; Palermo, Vicente. *"Cultura política y partidos en la sociedad argentina"*, en Daniel G. Delgado. *Los cambios en la sociedad política (1976-1986)*, Buenos Aires, CEAL, 1987.
- (33) *"No fueron tentados por el mal, fueron tentados por el bien; creían poseer la llave del bien, sabían lo que era, querían imponerla por todos los medios a sus compatriotas (...) En estos casos más precisos es cuando la violencia es más peligrosa: porque en nombre del bien se puede, con impunidad en relación con la propia conciencia, realizar el mayor de los males"*. Todorov, Tzvetan. *"Un pueblo debe poder hacer frente a su pasado"*. Entrevista de Gonzalo Garcés. En: *Puentes*. Centro de Estudios de la Memoria, Año I, N° 4, julio 2001, p 22.
- (34) El diario aceptaba la puesta en práctica de mecanismos *"extremos"* que justificaban el accionar militar por medio de la lógica maniquea planteada como *"guerra sucia"*.
- (35) Véase Corradi, Juan. *"El método de destrucción. El terror en la Argentina"*, en Quiroga, Hugo, Tcach, César (comp). *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, Buenos Aires, Homo Sapiens Ediciones, 1996, p. 93.
- (36) *"Trató de destruirla, agrediéndola en todos los sectores: desvirtuando la historia malversando las tradiciones patrias, procurando encanallar a los próceres y dignificar a caudillos bárbaros: colectivizando la producción y distribución de bienes; aplicando la teoría marxista de la lucha de clases; atacando a la Iglesia Católica y apoyando a los sacerdotes tercermundistas; degradando todas sus manifestaciones al ponerlas al servicio del partido y atacando a la clase intelectual que no se doblegó"* (LP, 14/11/76).
- (37) A cincuenta años de acaecido el golpe militar que interrumpió la segunda presidencia de J. Perón, el contralmirante Jorge Palma, integrante de la Armada que actuó en ese entonces, declaró: *"la revolución fue mucho más cívica que militar. Hombres y de distintos partidos políticos y de diferentes credos fueron los que lucharon desde el principio durante los doce años que duró la dictadura. Y esa resistencia civil, sólo después de doce años fue apoyada por un puñado de hombres de las fuerzas armadas que iniciaron la lucha"*. En *La Nación*, 11/9/05.
- (38) La reforma del estado avanzó lentamente ante el *"sabotaje"* que los altos mandos efectuaban vetando las *"propuestas de achicamiento del estado de Martínez de Hoz al tiempo que encaraban proyectos que significaban el incremento del gasto público como la construcción de estadios para el mundial '78"*. En Cavarozzi, Marcelo. *Autoritarismo y democracia (1955-1996)*, Buenos Aires, Ariel, 1997, pp. 80-81.
- (39) Citamos sólo un ejemplo ilustrativo de las numerosas notas críticas que publicó sobre

- este tema en el período analizado: *“esta pertinacia de nuestra Cancillería en mantener a nuestro país dentro del grupo de los mal llamados ‘no alineados’ contradice los objetivos del Proceso de Reorganización Nacional e importa, inexplicablemente, tolerancia y simpatía hacia los ‘movimientos de liberación nacional’ en América latina”* (14/6/78).
- (40) *“En verdad resultará muy difícil a los gobernantes que instituyeron este sistema y aquellos que, pudiendo hacerlo, no lo destruyen de raíz, justificar ante las generaciones venideras el advenimiento o la subsistencia del Estado mercader, prestamista, turfista y quinielero”* (28/7/78).
- (41) Para Quiroga, Hugo. *El tiempo del “Proceso”*, Rosario, Homo Sapiens Ediciones, 2004, p.164 la pérdida de legitimidad del proceso por su falta de eficacia se inicia a mediados de 1978, denominándola etapa de deslegitimación, a la que le sucede una de *“agotamiento”* del proceso (1980-1982) antecedendo a la de *“descomposición”* del autoritarismo militar luego de la guerra de Malvinas.
- (42) Véase Díaz, César; Passaro, Marta. *“La construcción de la alteridad ...”* Op. Cit.
- (43) Puede consultarse el testimonio brindado por el dirigente radical Raúl Alfonsín en marzo de 1980 ante la pregunta de López Saavedra, E. Op. cit, p. 18: *“¿considera usted que la instrumentación de diálogo político se está llevando a cabo de una manera positiva? Nosotros esperamos que sea algo realmente positivo para la democracia”*. En mayo del año siguiente, durante el gobierno de Viola, el titular de la Federación Agraria Argentina Humberto Volando contestaría *“evidentemente hay una oxigenación general debido a que se ha iniciado un diálogo que prácticamente no existió en los cinco años anteriores. Se escucha a la gente, se piden opiniones y se advierte una mayor libertad para opinar”*. *Ibidem*, 147.
- (44) Consúltese Díaz, César; Passaro, Marta. *La Prensa y el agotamiento del ‘proceso’*, Op. Cit.
- (45) Fueron designados como ministro de economía Roberto T. Alemann y en la cancillería Nicanor Costa Méndez.